

## PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO Y PSICOLOGÍA DEL CICLO VITAL. UN INTENTO DE INTEGRACIÓN A DEBATE

Adolfo PERINAT

### INTRODUCCIÓN

Hace aproximadamente unos 15 años ha nacido en Norteamérica una corriente psicológica que se ha planteado como tarea estudiar la evolución psicológica de la persona humana a lo largo del ciclo vital: es la «life-span developmental psychology». Sus portavoces y simpatizantes han tenido la ocasión incomparable de celebrar, a lo largo de la década de los 70, sucesivos simposios —las *West Virginia Conferences on Life-span Developmental Psychology*— y comienzan a emerger las líneas básicas que constituyen su armazón. Nos proponemos exponerlas en lo que sigue si bien advertimos que, por tratarse de una disciplina en plena gestación, no resulta fácil articularla ni tampoco es nuestra misión imponer una estructura lógica a lo que no es hasta ahora más que un manojo de puntos de vista propios de una escuela psicológica que trata de encontrar su propia vía.

Antes de entrar directamente en materia quisiera esbozar lo que podríamos llamar la «conyuntura histórica» en que nace esta empresa y por qué se intenta situarla como una expansión «natural» de la tradicional psicología del desarrollo infantil. Por primera vez en la historia de la humanidad, al prolongarse la esperanza de vida en los países industriales, los adultos han protagonizado un «boom» de población. En los países socialmente avanza-

dos ha habido que crear una política de asistencia a los ancianos y también a los adultos, aunque los problemas de unos y otros no sean los mismos. Una política de asistencia en estos países viene a ser un *social engeneering* que, como se sabe, lleva aparejada la investigación de los problemas humanos cuya solución se busca. De aquí ha nacido la gerontología. A medida que se han ido desenmarañando los problemas biológicos, psicológicos y sociales de la tercera edad, se ha ido viendo la necesidad de conectarlos con los de la adultez, pues muchos de ellos tienen aquí sus antecedentes más inmediatos. La repercusión de todo esto es que el mundo de la ancianidad y el de la adultez han pasado a ocupar un primer plano en la investigación, y por el mero hecho la visión científica de estas etapas ha sufrido una revolución.

Los científicos sociales en esta tesitura podían haber optado por crear un área de investigación autónoma para la adultez y vejez aunque eran campos que estaban roturados tiempo ha. Sin embargo han preferido enmarcar su proyecto en una psicología del ciclo vital, lo cual es mucho más ambicioso. Tratan así de «cerrar el arco» que se inicia con la psicología del desarrollo infantil y con la de la adolescencia. Tengo la impresión de que hay aquí un cierto propósito estético de unificación de teorías psicológicas disgregadas que investigaban en fases de la existencia humana sin conexión apenas. También pienso que hay una intención legitimadora: la psicología del desarrollo, *stricto sensu*, tiene ya una consistencia científica indiscutible y conseguir un feliz injerto en ella es una empresa tentadora desde el ángulo científico.

En definitiva, el impulso que revigoriza la psicología de la vejez y de la adultez tiene dos componentes antitéticas: una la que llevaría a consagrar la segmentación del ciclo vital creando las nuevas especialidades que tratan de estas etapas en perspectiva evolutiva; otra la que, a consecuencia de una laudable preocupación por lograr una teoría coherente sobre la evolución de la psique humana, intenta crear una psicología del ciclo vital que es la que nosotros llamamos psicología evolutiva. El resto de esta historia son los avatares del entronque de ésta con la psicología del desarrollo infantil, lo cual ha creado una vez más lo que Kuhn llamó «una tensión esencial» (the essential tension; Kuhn, 1977). Porque no olvidemos que la ciencia la hacen los hombres, se gesta en una comunidad científica en que los intereses, la infraestructura de la investigación, los dominios de moda que orientan los esfuerzos y que canalizan la financiación, las cosmovisiones y los prejuicios ideológicos que alimentan sus miembros se mezclan íntimamente.

## LA PSICOLOGÍA EVOLUTIVA O DEL CICLO VITAL: SUS TEMAS MAYORES

### El concepto de desarrollo en la psicología del ciclo vital

El motivo fundamental que sirve de telón de fondo a toda nuestra exposición es el de las relaciones entre la psicología evolutiva y la psicología del desarrollo infantil. Parece que, *a priori*, esta relación tiene que ser simple: de parte a todo. Si aceptamos que una psicología evolutiva trata, como su nombre sugiere, de la evolución psíquica del ser humano en el transcurso de su ciclo vital y que la psicología del desarrollo infantil trata de la evolución psíquica del ser humano a lo largo de su desarrollo — es decir, hasta que llega a la adultez —, la psicología del desarrollo infantil estará incluida en la psicología evolutiva. Las cosas, sin embargo, son algo más complicadas. La psicología del desarrollo (infantil) se ha centrado en el desarrollo propiamente dicho. Desde el punto de vista biológico-evolucionista se acepta que el desarrollo u ontogenia en el individuo de una especie animal es el período que abarca desde su estadio de cigoto hasta que alcanza su madurez reproductiva. A medida que avanzamos en la escala filogenética la ontogenia se alarga y los organismos alcanzan gradualmente estadios más complejos. En todo caso ha prevalecido la idea de que el desarrollo es un período singular de la vida de la especie, animal o humana, caracterizado por un despliegue de facultades y una adquisición de capacidades a un ritmo peculiar y que este período tiene una entidad propia. Luego, en el que le sigue — la adultez o madurez — el animal está en su plenitud de facultades y aparentemente el «progreso» que caracterizaba el desarrollo se ha detenido o se hace a un ritmo imperceptible. Más tarde, al avanzar en edad, viene el declinar de las fuerzas y la pérdida de facultades: es la senectud que precede a la muerte.

Más allá de esta caracterización vulgar del ciclo vital de los animales (o de los mamíferos al menos) hay que dar entrada a las peculiaridades humanas. Aquí la adultez desborda con mucho las funciones estrictamente reproductivas que la biología asigna a esta fase. Lo que quiero subrayar es que, en el desarrollo propiamente dicho, la maduración biológica es el hilo conductor de la evolución psíquica, mientras que en la adultez y vejez no lo es. (No quiero decir que en la adultez y vejez no jueguen determinantes biológicos pero *no* son madurativos y pienso que esto es crucial). A la luz de estas ideas no deja de ser llamativo el recurso al término «desarrollo» que hace la psicología del ciclo vital americana. Ya desde sus comienzos, en el artículo programático que abre las actas del primer simposio sobre esta especialidad,

BALTES y GOULET (1970, p. 12) escriben: «La psicología del desarrollo humano en el ciclo vital trata de describir y explicar los cambios de comportamiento ontogenéticos (relacionados con la edad) desde el nacimiento hasta la muerte». Indudablemente los autores de esta definición están empleando el término «desarrollo» dentro de la connotación (típica de la psicología positivista de tradición americana) de *cambios de comportamiento en el transcurso del tiempo*. Su postulado es que no hay por qué limitar la acepción del término «desarrollo» a la primera parte del ciclo vital, sino que puede extenderse a todo él. El contexto del artículo en que se sitúa este extracto no deja lugar a dudas sobre su posición.

Confieso que, aunque no opongo la más mínima objeción a la idea de que el ser humano cambia (en su manera de ser, de pensar, de actuar) a lo largo de su vida, me resisto a aceptar que esto sea calificado de «desarrollo». Sin embargo, esta extensión del concepto de «desarrollo» es, a no dudarlo, uno de los pilares del marco teórico en que se sitúan los portavoces de la nueva psicología evolutiva:

El enfoque del desarrollo en el ciclo vital sostiene que la persona continúa desarrollándose y cambiando en el decurso de su vida (BALTES y WILLIS, 1979).

Basada fundamentalmente en la investigación sobre las capacidades intelectuales, la omnipresencia del cambio a todo lo largo del ciclo vital es algo empíricamente establecido. Aunque los datos que poseemos se restringen a un solo dominio conductual, nos deparan un antídoto contra las teorías actuales que contemplan el desarrollo como algo que finaliza tempranamente en la vida y también contra las que caracterizan la segunda mitad de ésta en términos de decremento y deterioro. Lo más importante para las investigaciones que han de seguirse es que estos trabajos preliminares nos incitan a refinar nuestros conceptos sobre los niveles que empleamos en la descripción de los cambios propios del desarrollo (LERNER y RYFF, 1978).

Son repetidas las críticas que los representantes de esta nueva corriente de la psicología del ciclo vital hacen a un concepto de desarrollo que sólo pueda aplicarse a la etapa que, *grosso modo*, acaba con el tope del crecimiento físico. Dicho en otros términos, rechazan un concepto de desarrollo restringido al marco del desarrollo biológico y que esté implícita o explícitamente vinculado a las ideas de maduración. Los *life-span psychologists* han descubierto en sus investigaciones que, particularmente en el dominio cognitivo, la adultez y la vejez no son lo que hasta ahora se había creído; que en estas etapas de la vida se dan avances, pero que en lugar de proceder, como postularía un modelo biologizante (y ellos suelen aludir al piagetiano), a lo largo de una especie de trayectoria ideal y hacia una meta (inteligencia lógi-

ca), sigue múltiples direcciones; en lugar de plegarse a los condicionamientos de la maduración nerviosa, obedece a otras influencias de tipo exógeno (LABOUIE-VIEFF & CHANDLER, 1978). Esto es lo que se desprende de una lectura entre líneas de la última cita. Concretamente allí se dice que los psicólogos del «life-span» sólo han explorado un dominio en el que puede demostrarse que hay un cambio (un cambio progresivo, además): el de las capacidades intelectuales y que ello les ha abierto una puerta para postular «la omnipresencia del cambio a todo lo largo del ciclo vital» (*the pervasiveness of change throughout the life-span*). De hecho, ni siquiera esto es tan evidente como parecen sugerir con tanto aplomo Lerner y Ryff. A lo largo de toda la década, Horn por un lado y Schaie por otro, están polemizando sobre si hay o no un declinar de la inteligencia con los años. Esta controversia hunde sus raíces en dos de los surcos más prístinos de la psicología americana (la psicometría y la dicotomía herencia/medio) y acabará de seguro en tablas. Sin entrar en detalles diré que en esta discusión se entrecruzan la noción de inteligencia como conjunto de capacidades que mide un test (inteligencia psicométrica u operacional) con la distinción de sendos aspectos complementarios de la inteligencia que han establecido Catell y Horn: la inteligencia *fluida* (en cierto modo ligada a la dotación biológica del individuo) e inteligencia *crystalizada* (ligada a la experiencia y educación). O sea, ni más ni menos que el sempiterno debate de naturaleza/cultura o innato/aprendido. Schaie es el paladín de la idea de que la inteligencia es progresiva, incluso en la vejez. (Su posición es mucho más matizada que lo que sugiere esta exposición. Véase su artículo de 1979). Horn, en cambio, arguye que el declinar de la inteligencia con los años es ineluctable (Véase particularmente HORN & DONALDSON, 1976, 1977 y BALTES & SCHAIE, 1976; SCHAIE & BALTES, 1977 para detalles acerca de la polémica).

El autor de estas líneas (y probablemente el lector también) no puede por menos de sorprenderse que, sobre bases empíricas y epistemológicamente tan frágiles, se hable de cambios progresivos, o sea, de desarrollo generalizado a lo largo del ciclo vital. Ningún psicólogo, ni del desarrollo infantil ni de otro dominio, tendría gran cosa que objetar a la idea de que hay una evolución psíquica a lo largo de la adultez y de la vejez. Incluso que, en ciertos aspectos, esta evolución es progresiva (si esto último se puede predicar de la vejez como fase o solo se constata en individuos o grupos sociales aislados es algo a dilucidar). Una realidad de nuestra experiencia humana, para los adultos que estamos viviendo la segunda mitad del siglo XX, es la aceleración del tiempo histórico: la sucesión tumultuosa de ideas nuevas, de escuelas y antiescuelas que se sustituyen en escasos años, la difusión y

vulgarización del conocimiento, son vivencias que no necesitan comentario. Todo ello unido a una movilidad geográfica impresionante hace que lo que pensábamos que era «ser» tenemos cada vez más la conciencia que es «devenir». ¿Qué hubiese dicho de nuestra era el filósofo que declamaba, a la orilla del río, el fluir de las cosas? Instalado, mal que le pese, en el centro de la vorágine, el adulto de la sociedad industrial (precisemos: de medio urbano y con una formación media y superior) evoluciona forzosamente. Esto no se daba cuarenta o cincuenta años atrás y, por tanto, era universalmente aceptada una idea estática del ciclo vital, que es contra la que parten en son de guerra los *life-span psychologists*: la que restringe el cambio y la transformación al período de despliegue de facultades y adquisición de aprendizajes básicos para postular la estabilidad y el declinar. Esta visión, típica de una sociedad agrícola o urbana preindustrial, ya no puede mantenerse.

Ahora bien, de ahí a echar mano del concepto de desarrollo para caracterizar la evolución psíquica del ser humano desde el nacimiento hasta su muerte, hay un salto atrevido y discutible. Tanto más cuanto que el término «desarrollo» viene a ser reducible aquí al de cambio, concepto que casi invariablemente aparece como género próximo en las definiciones de desarrollo dentro de la psicología americana. Esta manera de definir el desarrollo, típica de la línea de pensamiento que se ha venido en llamar «mecanicista» (REESE & OVERTON, 1970; OVERTON & REESE, 1973) es bastante desafortunada no sólo por su vaguedad sino porque, como sucede ahora con la psicología evolutiva, lleva a una extensión del concepto inapropiada. Para los que mantenemos una concepción biologizante del desarrollo en la línea de Werner o Piaget, desde luego lo es. Flavell lo dice sin contemplaciones: «Cuando decimos que algo es “developmental” tenemos in mente la idea de que nos limitamos a aquellos cambios que acompañan la edad y que afectan a características morfogénicas propias de la niñez; de ahí que la aplicación del término a los años de la adultez resulta más bien una hipótesis que un hecho bien establecido. Consecuentemente, denominaciones como “life-span developmental psychology”, si se quiere que sean algo más que metáforas necesitan una defensa bien explícita» (1970, p. 249). Y Kohlberg, en una digresión que hace a propósito de la evolución de la moralidad más allá de la primera juventud, apunta: «Difícilmente el saber cómo funciona el adulto en el área de la inteligencia general puede darnos la clave para entender el desarrollo adulto» (KOHLBERG, 1969).

En definitiva, la acepción consagrada del término «desarrollo» (y también la vulgar, la que consagra el uso, que es árbitro y legislador del lenguaje) no encaja en modo alguno con el sentido que quieren darle los psicólogos del

ciclo vital. Si de lo que se trata es de caracterizar la evolución psíquica del ser humano, la expresión «psicología evolutiva» parece perfectamente ajustada. Al menos en el sentido que le damos en castellano. Los psicólogos angloamericanos han dejado caer en desuso los términos «evolutive», «evolutional» admitidos en el English Oxford Dictionary y han recurrido a denominar el nuevo campo de investigación «psicología del ciclo vital». Pero la inserción del adjetivo «developmental» (probablemente queriendo añadir el matiz de «cambio» o «transformación») crea más problemas que los que a primera vista resuelve.

### **Algunas precisiones sobre el significado de «cambio» en psicología evolutiva**

Seríamos injustos si sólo transmitiésemos la impresión de que este objetivo primordial de la psicología evolutiva, según la concepción americana, de caracterizar de forma coherente los cambios o las transformaciones de la psique humana a lo largo del ciclo vital reposa, en último análisis, sobre un empleo ambiguo (o peor, en círculo vicioso) de los términos cambio y desarrollo. Los *life-span psychologists*, al reformular el concepto de desarrollo y ampliarlo a todo el ciclo vital, se entregan a una crítica a fondo de la noción de cambio en nuestra disciplina tradicional. En primer lugar, rechazan una noción de desarrollo centrada exclusivamente en las transformaciones asociadas al parámetro «edad cronológica» (*age-related change*). La investigación con adultos y ancianos ha puesto de relieve que, en la segunda mitad de la vida, muchos de los cambios no tienen ninguna relación con la edad; al contrario, se descubren estrechos vínculos entre cambios psicológicos y aconteceres externos, colectivos o personales. De ahí que se abogue por una perspectiva centrada en la secuencia del cambio conductual (*behavior-change processes*) con independencia de que éste pueda ponerse o no en correlación con la edad.

La consecuencia de que los comportamientos típicos de la edad pasen a segundo término y que, en su lugar, se consideren primero los procesos de cambio comportamental es que los jalones habituales del desarrollo (o sea, la infancia, niñez, adolescencia, adultez y vejez) se conviertan en uno de entre los muchos indicadores potenciales de la investigación del desarrollo. Las experiencias de la vida y los acontecimientos históricos son, en principio, variables tan importantes como aquéllas. El criterio de selección que determina la utilidad de unas y otras es que estén asociadas a regularidades en los procesos conductuales, que adopten una forma secuencial, que obedezcan a ciertas normas y que sean rigurosamente interpretadas. Desde esta pers-

pectiva es importante prestar atención a un amplio conjunto de variables. Ello abre la posibilidad de identificar nuevos fenómenos propios del desarrollo que son relevantes para una perspectiva del ciclo vital, pero que pueden pasar desapercibidos si solo se mantiene una visión ligada a la edad (LERNER & RYFF, 1978).

Esto nos sugiere dos comentarios. El primero es que los esfuerzos por «des-tronar» a la edad como variable independiente del desarrollo son no sólo aceptables sino perfectamente legítimos. La edad, de un discreto y necesario acompañante del primer desarrollo, se ha convertido en un árbitro exigente de las realizaciones del niño que crece y madura. (Un ejemplo típico es que el niño «debe» andar *al año de edad* y mejor aún antes). Dentro de la psicología del desarrollo se han alzado voces en esta dirección. WOHLWILL (1970) ha propuesto, incluso, que la edad sea considerada como variable dependiente, un simple parámetro que acompañe los cambios conductuales. Dos eminentes *life-span psychologists* añaden a este respecto:

No podemos por menos de insistir en que el hecho de determinar cuáles son las funciones vinculadas a la edad cronológica es sólo una manera de hacer operativo el enfoque que liga la trayectoria temporal con los cambios de comportamiento. La edad cronológica es un parámetro organizador útil sólo si los cambios que se dan en el individuo, cambios de forma y de nivel, son lo suficientemente homogéneos como para arrojar una alta correlación entre edad cronológica y cambio de comportamiento. No hay nada sagrado que obligue a mantener la edad como una variable *sine qua non* siempre y cuando pueda detectarse una regularidad en la sucesión de cambios de comportamiento. Por ejemplo, si dentro de un conjunto de individuos las diferencias en los cambios relacionados con la edad son amplias, no sería útil centrarse en los modelos de cambio cronológico como representativos del patrón de cambio personal. Al contrario, estos cambios de comportamiento pueden ser comprendidos mejor sin recurrir al hilo cronológico de la edad. Ciertas clases de procesos de cambio conductual puede que se den en diferentes edades y en distintos períodos dentro de ese conjunto de individuos; puede que dependan de su peculiar historia de vida y del ritmo con que se suceden los acontecimientos críticos a lo largo de su existencia» (BALTES & WILLIS, 1977).

El segundo comentario es que, desde el momento que se desplaza el centro de interés a la sucesión intrínseca de transformaciones con independencia del tiempo (que viene a ser también la proposición que hace Wohlwill) esto lleva a que sentemos la noción de desarrollo como un *a priori* (un axioma o postulado) y que la tarea del investigador es entonces caracterizar sus manifestaciones, esto es, las transformaciones intrínsecas al mismo por oposición a toda otra transformación.

Al llegar aquí y siempre en relación con los cambios característicos del desarrollo, ya ha ido haciéndose patente que uno de los empeños mayores de



la psicología evolutiva es ampliar la perspectiva que enmarcaba el quehacer de la psicología infantil. Pero el criticar a ésta de «reduccionista» sería un gesto meramente retórico si no propusiesen otras alternativas viables para definir los procesos de cambio a todos los niveles que quiere abarcar. De aquí que haya un esfuerzo de abstracción por articular los grandes sistemas a que puede estar vinculado cualquier cambio evolutivo. BALTES & WILLIS (1979) analizan tres. El primero es el *sistema ontogenético*, que es el que engloba los aspectos madurativos y que también están en relación con los hitos mayores de la socialización. Los jalones de este sistema aparecen típicamente ordenados en sucesión cronológica. El segundo sistema que genera cambios evolutivos es de naturaleza histórico-coyuntural. Son los acontecimientos colectivos, las influencias educativas o ideológicas, las prácticas sociales que afectan a cohortes de personas y que orientan su evolución psicológica en un sentido más bien que en otro. Dentro de este capítulo puede citarse, por ejemplo, el proceso de urbanización-industrialización que ha seguido la humanidad, la influencia de la TV y, en general, de los *mass-media*, las prácticas terapéuticas y farmacológicas, etc. Por último, hay un tercer sistema de influencias que son de naturaleza *aleatoria*: avatares de toda índole que afectan a personas aisladas o a grupos y que inciden en su evolución psicológica. Estos son de dos tipos, según que entren en la categoría de hechos históricos y afecten a un contingente de personas relativamente amplio (la guerra de España, el nazismo, el «crak» del 29); otros son sucesos puntuales como enfermedades, golpes de fortuna, jubilación, un cambio de empleo o residencia que dan un giro al destino de una persona.

Se observa que estos sistemas susceptibles de incidir en la evolución psicológica del individuo en diversos momentos de su ciclo vital, se sitúan en una *pluralidad de niveles* que van desde el bioquímico al socioeconómico y sus efectos sobre las personas les impelen a evolucionar en *múltiples direcciones*. Estos dos puntos son también básicos en el intento que está realizando la psicología evolutiva por perfilar su marco teórico. A ello dedicamos el siguiente parágrafo.

### Pluralidad de dimensiones y pluralidad de direcciones

La *life-span psychology* trata de abarcar la multiplicidad de elementos que inciden en la evolución psicológica del hombre a medida que avanza en edad. En un primer tiempo marca sus distancias frente a una concepción del primer desarrollo demasiado anclada en la maduración biológica. Hay

que dar entrada a los aspectos sociales, históricos y coyunturales que pueden explicar también muchos rasgos peculiares de cohortes de niños que crecen. BALTES & WILLIS dan al respecto razones convincentes. Por ejemplo, citando los trabajos de PORGES (1976) dicen que las transformaciones en la práctica ginecológica puede que incidan de manera tan decisiva en los modos de reacción del neonato que un mismo diseño de investigación aplicado a dos cohortes separadas por un intervalo de pocos años pueden tener como sujetos a niños muy distintos. Los especialistas en psicología evolutiva han recogido esta idea de RIEGEL (1976), quien ha abogado vigorosamente por una psicología del desarrollo infantil que tome en consideración el marco en que éste se está llevando a cabo (la familia y la sociedad, en una palabra, el medio ambiente) como algo que, a su vez, también cambia y evoluciona.

Dentro de estas ideas LABOUVIE-VIEFF y CHANDLER (1978) han propugnado un modelo de desarrollo «contextual». En su alegato critican fuertemente el modelo piagetiano, al que tildan de idealista, pues éste considera muchos de los aspectos del contexto del desarrollo como variables contingentes que quedan fuera de consideración a la hora de formular una teoría del desarrollo (intelectual, por caso). Para estos autores ésta es una típica manifestación de los prejuicios ideológicos que contaminan las escuelas de pensamiento en cada momento histórico. LAVOUVIE-VIEFF y CHANDLER propugnan que el contexto (conjunto de variables contingentes) sea incluido en la teoría. Pero aún hay más: el investigador que acepta dar relevancia al contexto no puede, al mismo tiempo, postular que existe un estadio final (*teleological state*) al que converge el proceso de desarrollo.

La madurez, por tanto, no puede ser apprehendida a través de una fórmula epigenética universal sino que es un equilibrio entre las fuerzas evolutivas biológicas y sociales, un equilibrio que no es estático o universal sino que se ajusta a los requerimientos culturales.

Por último este contextualismo afirma que la psicología del desarrollo necesita reformular su contenido, su metodología y su forma de teorizar de modo que resulte adecuada a una nueva visión de la realidad y posea validez ecológica.

Aún aceptando que ciertos aspectos de la crítica de los *life-span psychologists* a la teoría de Piaget son pertinentes, hacer pasar una teoría de las Ciencias Humanas por el cedazo de la Sociología del Conocimiento es relativamente fácil y espectacular. No hay, en nuestro dominio, teoría que escape a esta criba (incluso la crítica de la teoría). Por otro lado, en la fogosidad de

la argumentación, parece como si estos autores se dirigiesen a psicólogos obcecados por los prejuicios cuando, por más piagetiano o por más werneriano que sea un especialista en el desarrollo, no fuera consciente de que su contexto es más restringido de lo que propugnan los apologistas de la pluralidad de niveles. Porque (y aquí está la piedra de toque) abogar por un contexto de desarrollo que abarque todo lo que los «life-span psychologists» sugieren es una idea trivial; operacionarlo es una tarea titánica. Cuando se parte de que el contexto es sumamente diversificado o que, según la formulación de BALTES y WILLIS, son varios los sistemas que inciden en la evolución psicológica, traducir todo eso a diseño de investigación supone poner a punto una red de variables que actúan en causación lineal y circular y ello requiere un mínimo de teoría. La complejidad de la tarea que aquí se adivina es demasiado grande para la metodología actual, aunque es bueno que alguien eleve las miras y trate de conseguir logros mayores.

Abordamos ahora la otra cara de la moneda: la pluralidad de direcciones del desarrollo. También ésta es una constatación que ha nacido de investigaciones en el dominio de la adultez y de la gerontología. Pocos estarán en desacuerdo que la evolución psicológica del hombre, a medida que avanza en edad, se hace por los más diversos caminos y que la homogeneidad que preside el primer año de vida dará paso a una enorme diversidad de individualidades adultas. Esto se ha estudiado particularmente en el dominio cognitivo y en el de la personalidad. Por aquí la nueva escuela de psicología evolutiva distinguirá, dentro del ciclo vital, dos segmentos bien diferenciados aunque sin solución de continuidad. En el primero prevalece la direccionalidad y una cierta homogeneidad: es el desarrollo infantil en el que —fuerza es reconocerlo aunque quiera relativizarse— el peso de lo biológico-madurativo es importante. Sin embargo éste disminuye gradualmente y, con la socialización y el aprendizaje, la influencia de los otros sistemas (el cultural, el histórico-coyuntural) pasará a primer plano ya a partir de la adolescencia. En este segundo segmento del desarrollo la homogeneidad ha sido substituida por una diversidad caleidoscópica. Echando mano de una comparación, podemos imaginar el ciclo vital de una cohorte como la trayectoria de un fuego de artificio: su primera parte es una estela que se desplaza en dirección definida, luego se rompe en infinidad de trayectorias luminosas que se dispersan por el espacio.

De aquí van a surgir dos cuestiones de eminente interés teórico para el tema de la evolución psicológica. En la medida en que la *diferenciación o dispersión* dentro de la cohorte y entre las cohortes es una dimensión central de la psicología del ciclo vital, el esfuerzo teórico ya no se orientará —como en

psicología del desarrollo infantil — hacia los modelos que ponen en relieve el substrato común y universal al proceso de evolución; ahora se busca formular modelos que den cuenta de las diferencias entre trayectorias individuales y entre las cohortes. En otras palabras, se va hacia una psicología del desarrollo diferencial (o, si se prefiere, a una psicología diferencial del desarrollo).

Las palabras clave que caracterizan la orientación del ciclo vital son: multidireccionalidad, multidimensionalidad, modificabilidad, plasticidad; conceptos, todos ellos, que se sitúan en un marco contextual de interacción. Este enfoque da pie a una concepción del desarrollo que es el de una psicología del desarrollo diferencial (BALTES & WILLIS, 1979).

En segundo lugar (y la cuestión no es ajena a lo que precede) una psicología del ciclo vital tiene que tomar posición ante el problema de articular los procesos de cambio que tienen asiento en la persona y que suceden en distintos lapsos de tiempo. ¿En qué medida los antecedentes inciden en los subsiguientes? En último análisis, ¿hasta dónde se puede postular continuidad en el desarrollo de la persona?, ¿cómo establecer concatenación entre fenómenos que ocurren en momentos distintos de su vida? Como la continuidad y la unidad de la persona no pueden ponerse en tela de juicio, la tarea de ensartar de forma coherente todos los procesos biológicos, de experiencia y aprendizaje, cognitivos, afectivos, etc. de manera que se derive un modelo de evolución que permita un mínimo de predictibilidad, es ineludible. Hace unos lustros, los antropólogos y psicólogos de la escuela de cultura y personalidad emprendieron la ardua tarea de crear un modelo de socialización y crianza infantil que diera cuenta de ciertas formas de comportamiento adulto. El resultado se saldó con un fracaso total (CALDWELL, 1964; ORLANDSKY, 1949). Los *life-span psychologists* no se han puesto ahora las cosas más fáciles que sus antecesores. Se entiende que toda psicología diferencial del desarrollo ha de partir de lo que perdura para destacar, a partir de ahí, las diferencias. Toda psicología diferencial queda siempre establecida por referencia a lo que es invariable. Otro problema distinto es si un psicólogo del desarrollo infantil ha de aceptar que su tarea incorpore los aspectos diferenciales del mismo. (En algún grado siempre los incorpora: por eso la cuestión de la homogeneidad/diversidad es más tema de perspectiva teórica que de práctica. En esta última caben todos los compromisos).

## PSICOLOGÍA EVOLUTIVA, PSICOLOGÍA DEL DESARROLLO. ¿HAY ENTENTE POSIBLE?

Cuando una disciplina emerge en las lindes del terreno que otra se ha asignado, lo hace en un doble «élan» contradictorio. Por un lado se afirma como dominio distinto, como una nueva frontera que expande el conocimiento; por otra reconoce sus vínculos con el cuerpo de saber ya constituido, su filiación de conceptos y su proximidad de miras. Hay una curiosa «rebelión contra el padre» que se manifiesta en una revisión de los fundamentos y nociones que sostiene el corpus antiguo; gran parte de lo que se daba por adquirido se presenta como discutible y, en muchos casos, obsoleto. Algunos de los representantes de las ideas ya consagradas se pasan a la nueva corriente; otros adoptan una reserva más cautelosa y prefieren incorporar lo que tiene de asimilable el conjunto de ideas advenedizas. Habrá, por fin, quien se sienta inmovible en sus posiciones científicas. Pero nunca las cosas vuelven a ser exactamente como antes.

La aparición de la psicología evolutiva —en el sentido que hemos venido describiendo— no es una evolución kuhniana en que un paradigma novedoso viene a desalojar a otro simplemente porque es mejor. Es un episodio, harto frecuente en la fase preparadigmática de una disciplina científica, de confrontación entre grupos o escuelas que mantienen orientaciones complementarias o divergentes y que tratan de hacer valer sus razones.

Es indiscutible que una psicología del desarrollo infantil, tal como se ha ido configurando en los últimos cincuenta años, no admite una generalización inmediata a la evolución del ser humano a lo largo de su vida. La alternativa podría ser crear una psicología evolutiva que englobase, como caso particular, la del desarrollo infantil. Pero la operación a que nos enfrentamos —sea de extensión o sea de comprensión— no puede llevarse a cabo solo porque un grupo de psicólogos cualificados afirmen que el concepto de desarrollo es aplicable a todo el ciclo vital. La generalización de un concepto requiere una redefinición del mismo a un nivel de abstracción mayor que incluye el significado habitual, como caso particular y sin alterarlo; pero además se prolonga a otros aspectos. El modelo por excelencia de tal extensión puede ser el del concepto de número que comenzó siendo el «número natural» y sucesivamente se va ampliando a «número entero», «número racional», «número real» y «número complejo». (A mayor abundamiento, existe un teorema que demuestra la imposibilidad de proseguir esta ampliación). También en el campo de la Física tenemos la generalización de la mecánica newtoniana en mecánica relativista. Volviendo ahora al tema del de-

sarrollo humano, no parece que el uso extensivo del término desarrollo cumpla estos requisitos. Tampoco sería honesto reducir la empresa de los *life-span psychologists* a un malabarismo semántico. Pero considérense los hechos siguientes. La psicología del desarrollo infantil estudia la evolución psicológica del individuo a partir del «punto cero»; la hoy llamada psicología del ciclo vital adopta, en cierto modo, una perspectiva inversa: históricamente, al menos, ha comenzado estudiando al anciano y al adulto. No basta que la una y la otra vayan a su encuentro mutuo, en dirección contraria y sobre el eje de tiempos, para que sea factible homogeneizar el estudio del hombre en todas las estaciones de su vida. La solución de los *life-span psychologists* ha sido atacar ciertos conceptos de los *developmentalists* como restrictivos o reduccionistas y decretar su redefinición y su ampliación. Pero eso ha sido insuficiente porque hace falta un marco teórico radicalmente distinto y ellos se han limitado a retoques sobre todo metodológicos. La unidad se realizará a base de un nuevo paradigma, y mientras tanto más bien se va a producir la colisión entre los que acompañan a la trayectoria del individuo humano en sentido progresivo y los que lo hacen en sentido regresivo. Momentáneamente al menos la psicología evolutiva comprenderá, de hecho, una psicología de la adultez y vejez, unificadas en un marco teórico *ad hoc* y quedará establecido el hiatus con la psicología del desarrollo infantil. La razón más fuerte que induce a pensar así es que esta última está explotando intensamente estos últimos años la veta biológica y, más particularmente, la evolucionista darwiniana. Sorprendentemente, estos aspectos parecen ausentes del interés de la psicología evolutiva (adultez-vejez) y se percibe una fuerte reticencia a integrarlos en su marco teórico. Como hemos tenido ocasión de ver, los *life-span psychologists* prefieren dar relieve a los aspectos históricos, contingentes, que no guardan relación con la edad y formar alianza con la psicología diferencial. Por aquí representa una corriente de retorno al medio-ambientalismo. Un medio-ambientalismo que tiene poco que ver con el que ha prevalecido en la psicología americana por arte y gracia del behaviorismo y de las teorías del aprendizaje; aquí sus raíces son más bien histórico-dialécticas (RIEGEL, 1976) y su visión del hombre adquiere un cierto halo de grandiosidad que contrasta singularmente con la de los que tratan de aprehenderlo a través de la rata de laboratorio.

La cuestión, pues, que encabeza este parágrafo (cuestión bastante retórica) admitiría dos respuestas. Una es la que acabamos de dar: no hay, por ahora, visos de entente entre la psicología del desarrollo tradicional y la nueva psicología evolutiva o del ciclo vital, si por tal entendemos una integración paradigmática. La respuesta alternativa es que nadie desecha que,

en principio, sea posible integrar los procesos que definen el ciclo vital en una teoría comprensiva. Pero una vez que un haz de ideas emprenden un curso determinado, ocurre como en la evolución de las especies: las corrientes divergen y llegan a constituir campos del saber separados. Éste creemos que será el epílogo de la situación que hemos descrito; es decir, caminamos hacia una disgregación de los campos: el que se centra en la evolución y desarrollo infantil y se preocupa de la evolución (pero no desarrollo) adulto.

## BIBLIOGRAFÍA

- BALTES, P. B., GOULET, L. R., «Status and issues of a life-span developmental psychology», en: L. R. Goulet y P. B. Baltes (Eds.), *Life-span Developmental Psychology. Research and Theory*, Academic Press, 1970.
- BALTES, P. B., SCHAIE, K. W., «On the plasticity of intelligence in adulthood and old age», *Am. Psychol.* 31, 720-25, 1976.
- BALTES, P. B., WILLIS, S. L., «Toward psychological theories of aging and development», en: J. E. Birren y K. W. Schaie (Eds.), *Handbook of the Psychology of Aging*, Van Nostrand, 1977.
- BALTES, P. B., WILLIS, S. L., «Life-span developmental psychology, cognitive functioning and social policy», en: M. W. Riley (Ed.), *Aging from birth to death*, AAAS Selected Symposium Westview Press, 1979.
- CALDWELL, B. M., «The effects of infant care», en: M. L. Hoffman, L. W. Hoffman (Eds.), *Review of Child Development Research*, vol. I, Russell Sage, 1964.
- FLAVELL, J. H., «Cognitive changes in adulthood», en: L. R. Goulet, P. B. Baltes (Eds.) *Life-span Developmental Psychology. Research and Theory*. Academic Press, 1970.
- HORN, J. L., DONALDSON, G., «On the myth of intellectual decline in adulthood», *Am. Psychol.*, 31, 701-19, 1976.
- HORN, J. L., DONALDSON, G., «Faith is not enough: a response to Baltes-Schaie claim that intelligence does not wane», *Am. Psychol.*, 32, 369-73, 1977.
- KOLBERG, L., KRAMER, R., «Continuities and discontinuities in childhood and adult moral development», *Human Development*, 12, 93-120, 1969.
- KUHN, T., *The Essential Tension*. The Un. of Chicago Press, 1977.
- LABOUVIE-VIEFF, G., CHANDLER, M. J., «Cognitive development and life-span developmental theory: idealistic versus contextual perspectives», en: P. B. Baltes (Ed.), *Life-span Development and Behavior*. Vol I. Academic Press, 1978.
- LERNER, R. M., RYFF, C. D., «Implementation of the life-span view of human development: the sample of attachment», en: P. B. Baltes (Ed.) *Life-span Development and Behavior*, vol. I. Acad. Press, 1978.
- ORLANSKY, H. «Infant care and personality», *Psychol. Bull.*, 46, 1-48, 1949.

- OVERTON, W. F., REESE, H. W., «Models of development: methodological implications», en: J. R. Nesselroade, H. W. Reese (Eds.), *Life-span Developmental Psychology. Methodological Issues* Academic Press, 1973.
- PORGES, S. W., «Cohort effects and apparent secular trends in infant research», en: K. F. Riegel, J. A. Meacham (Eds.) *The Developing Individual in a Changing World*. Vol. 2, Chicago. Aldine, 1976.
- REESE, H. W., OVERTON, W. F., «Models of development and theories of development», en: L. R. Goulet, P. B. Baltes (Eds.), *Life-span Developmental Psychology*. Academic Press, 1970.
- RIEGEL, K. F., Influence of economics and political ideologies in the development of developmental psychology, en: K. F. Riegel, *Psychology of Development and History*. Plenum Press, 1976.
- SCHAIK, K. W. «The primary mental abilities in adulthood: an exploration in the development of psychometric intelligence», en: P. B. Baltes, O. G. Brim (Eds.), *Life-span Development and Behavior*. Academic Press, 1979.
- SCHAIK, K. W., BALTES, P. B. «Some faith helps to see the forest: a final comment on the Horn and Donaldson myth of the Baltes-Schaik position on adult intelligence», *Am. Psychol.*, 32, 1118-20, 1977.
- WOHLWILL, J. F., «The age variable in psychological research», *Psychol. Rev.*, 77, 49-64, 1970.



## RESUMEN

En la década de 1970 ha surgido con ímpetu el nuevo dominio de la psicología del ciclo vital (*life-span developmental psychology*). Uno de sus postulados básicos es que el hombre continúa desarrollándose y cambiando en el decurso de la vida. En este artículo se discute, en primer lugar, hasta qué punto es lícito extrapolar el concepto de desarrollo a todo el ciclo vital humano. En segundo lugar se valora la crítica que la psicología del ciclo vital hace de la idea de cambio asociado a la edad, así como de su proposición en favor de una conceptualización del desarrollo que tenga en cuenta la multiplicidad y la variabilidad de sistemas que inciden en la evolución psicológica del hombre, ya desde las primeras fases de su existencia. Finalmente se plantean las posibilidades reales de unificar en un solo marco teórico comprensivo la psicología del desarrollo, propiamente dicha, con la psicología del desarrollo a todo lo largo del ciclo de vida humana.

## ABSTRACT

During the last decade a new field of psychological inquiry has emerged: life-span developmental psychology. One of its main tenets is that man's development does not stop at adulthood but continues through out the life-span. This article discusses, first of all, whether it is appropriate to extrapolate the concept of development to the entire life cycle. Since it appears that development is equated to change throughout life, the conceptual basis of this new way of looking at the developmental framework is rather weak epistemologically. Nevertheless, a quite valuable the effort has been made by the life-span psychologists to disavowe the chronological age as the main variable (perhaps the independent variable) that guides the theories dealing with human development. Their appeal to the several systems of variables that contribute to explaining human development is also worth noting. The paper concludes with a discussion of the possibilities of integrating in one theoretical framework traditional developmental psychology and the new arrived life-spam developmental psychology.